

por aquí a señalar, como un obstáculo requerido de superar y en voz de José Angel Valente, el *formalismo temático* de la poesía social erigida en tendencia. Como consecuencia de todo ello: una ampliación del mundo a conocer por la poesía, recuperando muy principalmente el de la intimidad, y un aupamiento de la tensión expresiva y el cuidado estilístico. Y aunque resulte obvia la aclaración, vale decir que se procede aquí siguiendo una simplificación dialéctica que puede llegar a ser una verdad a medias: los poetas hoy más vivos de las promociones anteriores supieron y practicaron todo esto muy a su tiempo, y nunca fueron peso muerto (o sólo éticamente justificable) en la corriente dinámica de la poesía.

Mas es evidente también que lo señalado no implicaba el que los jóvenes poetas de entonces desertasen de su enraizamiento y compromiso fundamental con el tiempo histórico en que estaban inmersos y con sus aún no salvados problemas. Recogieron, igualmente, el dolor colectivo que atenaceaba a los anteriores, y recreándolo desde su mismidad intransferible, lo matizan vívidamente. Tal modulación nos devuelve la poesía *social* enriquecida en lo que, en alguna ocasión, he llamado poesía *crítica*, al tratar de describir ese tránsito (22). Por aquí, entonces, su permeabilidad ante el Machado censor y abierto al *otro* pudo continuar la análoga disposición de sus hermanos mayores. Sin embargo, ni aun en los más comprometidos es ello lo único que de aquél van a resaltar. Ejemplar resulta en tal sentido la manifestación de Angel González, quien analizando en 1968 la influencia de Machado en las décadas del 50 y el 60 sostiene que ella «se deriva tanto de su forma de abordar los problemas estrictamente poéticos como de su manera de interpretar la realidad y de integrarla en la obra» (ANPE, 343). Lo último de tal formulación viene a coincidir con lo que Leopoldo de Luis ha precisado como una de las modalidades de la lección de Machado: la de «la objetividad desde la subjetividad». El mismo Angel González lo realiza, poéticamente y en relación precisamente con aquél, en su composición «Camposanto en Colliure», de *Grado elemental* (1962), libro que no por azar mereció el Premio Antonio Machado, fallado en Colliure el año anterior por primera y única vez. Su experiencia personal, ante la tumba del poeta, bien pronto se convierte y dentro de tal composición, en una dolida observación objetiva: la de la *humana mercancía* española de hoy que, como *mano de obra barata*, cruza repetidamente la misma frontera, como aquél la traspasó una vez, para pagar todos, el poeta y

(22) Para este tema, véase mi libro: «Diez años de poesía española, 1960-1970», Madrid: Insula, 1972, pp. 281-290.

estos seres anónimos de nuestros días, no más que el precio de una derrota.

Esa traslación e identificación del yo al tú esencial, y entre ambos al nosotros, uno de los ejes más resistentes de la poética de Antonio Machado, vuelve a ser explícitamente recordada por José M. Caballero Bonald (PA, 354). Y viene éste otra vez a glosar en cierto modo los dos polos de aquella declaración de la fe machadiana en la libertad y la esperanza, que ya vimos en José Luis Cano. Ocurre en los versos finales del poema «Blanco de España» del libro de *Las horas muertas* (1959) de Caballero Bonald: *para encender con mi esperanza / la piel naciente de tu libertad.*

Quien, en esta promoción, ha unido con mayor entusiasmo una ocasional asimilación poética y un empeño de penetración crítica y de divulgación de la obra de Antonio Machado, como en la anterior lo fue Valverde, es Aurora de Albornoz. En *Brazo de niebla* (1957) hay ya un breve poema, «A Antonio Machado», levantado sobre los motivos de Castilla cantados por aquél. Y otro texto del mismo libro, «Violetas», arranca de *Hoy, con la primavera*, el verso inicial de las estremecedoras «Últimas lamentaciones de Abel Martín». Y las prosas para niños —¿sólo para niños?— de *En busca de esos niños en hilera* (1967), toman su título y casi su impulso de uno de los poemillas de *Galerías*: *¡Y esos niños en hilera, / llevando el sol de la tarde / en sus velitas de cera!...* Y el «Epílogo» de dicha entrega es todo un sereno y emocionante homenaje, donde se aclara el sentido último de aquel verso casi póstumo de Machado, en el que éste reunió su momento histórico final y su niñez siempre presente en la memoria. Escribe Aurora de Albornoz: *A veces un poeta, de camino hacia la noche, puede abolir los tiempos. «Estos días azules y este sol de la infancia».* En el terreno crítico ha estudiado con detenimiento *La presencia de Miguel de Unamuno en Antonio Machado* (Madrid: Gredos, 1968). Y ha contribuido de modo eficaz a la difusión del pensamiento de Machado en la serie de los cuatro tomos que, con el título general de Antonio Machado, *Antología de su prosa*, preparó para la editorial Cuadernos para el Diálogo (Madrid): I-*Cultura y sociedad* (1970); II-*Literatura y arte* (1970); III-*Decires y pensares filosóficos* (1971); IV-*A la altura de las circunstancias* (1972). Sin olvidar algunos trabajos más lejanos: *La prehistoria de Antonio Machado* (Universidad de Puerto Rico: Ediciones La Torre, 1961), y su edición de las *Poesías de guerra de Antonio Machado* (San Juan de Puerto Rico: Ediciones Asomante, 1961).

Cuando Jaime Gil de Biedma compila sus poesías completas en

aquel fantasmal volumen que fue *Colección particular* (1969), no pudo encontrar, como expresivo de la tensión que toda su poesía encierra entre vida y arte, nada mejor que colocarlo todo bajo el pórtico de aquel «consejo» de Machado (*Sabe esperar, aguarda que la marea fluya...*) que se mencionó antes. He de rechazar ahora también la tentación de verificar aquí (pues no es por hoy nuestro objetivo) cómo Gil de Biedma hace personalmente suyos, de modo especial en sus poemas políticos (los que tal vez hicieron fantasmal aquel hermoso volumen), actitudes y aun ciertos acentos del Machado en ese aspecto común. Pero no puede menos que recomendarse la lectura de textos como «Apología y petición», denuncia de una supuesta metafísica de la pobreza entendida en calidad de algo consustancial a España, y «Marcha triunfal», cargado de ese olor a miseria y sordidez de la *Castilla miserable* de Machado.

El talante crítico y veraz de José Angel Valente le ha llevado a desenmascarar por sus nombres los apócrifos falsos del poeta: no sus verdaderos apócrifos, los heterónimos conocidos, sino las oportunistas parcializaciones y deformaciones de su persona humana y literaria que, una tras otra, se han sucedido en la posguerra. Es lo que hace de su ensayo «Machado y sus apócrifos», incluido en las *Palabras de la tribu*, del cual ya tuvimos oportunidad de servirnos. En su obra poética, *Poemas a Lázaro* (1960), se abre, junto a otras dos de Unamuno y Jiménez, con una cita de Machado: *Un hombre que vigila / el sueño, algo mejor que lo soñado*, muy resumidora del equilibrio entre misterio y reflexión que se da en la poesía misma de Valente. Y en *La memoria y los signos* (1966) se puede encontrar uno de los más significativos poemas en homenaje a Machado que creo se hayan escrito desde los fondos del espíritu y la poesía de nuestro tiempo: es el titulado «Si supieras».

Fernando Quiñones apela a Machado dos veces en su libro *En vida* (1964), cuando su pupila se abre al paisaje —rural o ciudadano— de las tierras españolas, castellanas o leonesas. El poema que se inicia *Estas abierto, campo de Segovia*, nos alza vivamente a don Antonio en sus paseos / de esta hora, junto al Eresma, cuando aquél vagaba junto al río y ojeaba el Alcázar. Y el poema declara, en su lema machadiano, la identificación voluntaria: *Es la misma hora / de mi corazón*. En otro texto, «Seis de julio del sesenta», caminando por los callejones de Zamora, evoca fugazmente, en una oportuna superposición de espacio y tiempo, la soriana «campana de la Audiencia» de uno de los instantes poéticos más indelebles de Machado. Al homenaje que al autor de *Campos de Castilla* organizara la mala-

gueña revista *Caracola* en su número extraordinario 84-87 (1959-1960) contribuyó Quiñones con un poema (así como varios de los poetas antes mencionados: Ramón de Garciasol, Leopoldo de Luis, Jaime Gil de Biedma y José Antonio Muñoz Rojas, entre otros).

De dos miembros importantes de esta generación, Francisco Brines y Claudio Rodríguez, no conozco manifestaciones textuales sobre Machado que en este recuento pudieran aducirse. Si de lo que se tratase ahora fuere de ver su presencia en el acento de la voz, en algún momento de uno y de otro, en cambio, sí podrían descubrirse algunas afinidades. En la honda vibración temporal y emocional así como en la andadura lenta de ciertos poemas de Brines, por ejemplo. Y en Rodríguez, en el vocabulario preciso y aun agrio con que registra aquél la caducidad y la rutina de la realidad española en algunos de sus textos poéticos más críticos y acerados: «Por tierra de lobos», de *Alianza y condena* (1965), como ilustración oportuna.

La devoción y las rotundas declaraciones sobre Antonio Machado por parte de Félix Grande, por ser uno de los poetas más jóvenes de esta generación y acercarse debido a ello a la siguiente y por hoy última, nos son de utilidad en grado extremo para cerrar esta sección. Cuando todavía su voz no había madurado en un estilo resaltantemente distintivo, en su libro *Las piedras* (1964), hay poemas en que el tono, en ritmo y léxico, apuntan aún hacia Machado: «Rondó», *Paisajes...*, *Sentarse aquí, esta hora...* En este último texto incluso parece reelaborar aproximadamente aquella imprevista pregunta (*¿Quién ha punzado el corazón del tiempo?*) de un corto poema de las *Nuevas canciones*. Grande enuncia análoga inquietud, también en forma interrogante: *¿Qué hace brillar la tarde? ¿El viejo pulso / del tiempo?* En *Música amenazada* (1966) todavía construye todo un poema sobre el leit-motiv, repetido, de unos versos de *Soledades: Hoy buscarás en vano / a tu dolor consuelo*. Y en una poética suya de 1967, el año mismo en que ya, en sus *Blanco spirituals*, se entra de manera decidida en un lenguaje agresivamente innovador que supone el ir a colocarse en las antípodas de cualquier vertiente expresiva de Machado, Félix Grande comienza sus declaraciones enviadas a *Poesía amorosa* reproduciendo textualmente tres juicios de aquél («Poesía, cosa cordial», «El alma del poeta se orienta hacia el misterio» y «La belleza no está en el misterio, sino en el deseo de penetrarlo») para añadir que en ellos encuentra «los fundamentos de lo que es para mí el fenómeno poético» (PA, 499). Y es ésta una buena ratificación de lo que, adelantándonos ya sólo muy poco, podría servir como resumen de aquello que esta generación, la cual devuelve a la estragada poesía española de posgue-

rra, en una visión panorámica, el interés en la subjetividad y en el misterio (aun cuando desde ellos, como se ha visto, se siga mirando y juzgando el mundo de fuera, tan *mal hecho*) viene a cifrar en algunas de sus búsquedas en el ejemplo machadiano.

Todavía, para irnos aproximando a nuestro final, nos será valioso Félix Grande. Pocos años después, y en fecha aún no lejana (1970), cuando ya sonaban las primeras voces disidentes hacia Machado, nos dará la más ardorosa defensa (es inevitable y penoso necesitar esta palabra) del magno poeta. Grande recuerda con exactitud lo repentinamente moderno que se hace el pensamiento filosófico de Machado al concebir el yo y el otro como entidades radicalmente indivisibles. Y cómo «con esta negativa a escamotear uno de los dos campos del vaivén de la existencia, Machado no proporciona una solución para el estado exasperado de la poesía española; le proporciona algo mejor: un arma que es reflexión, exigencia, serenidad» (23). En estas tres últimas palabras sí puede sintetizarse, mejor que en cualquier otro comentario nuestro, lo que su generación debe a Antonio Machado.

Y si ya, por esta vía que nos abre la reflexión de Félix Grande, intentásemos, simplificando la cuestión en un grado tal vez excesivo, volver nuestra mirada hacia todo lo que hasta aquí hemos observado, a alguna conclusión final aunque nunca absoluta podría arribarse. Los poetas del 36 encontraron principalmente en Machado al poeta del yo, en su vocación por rasgar y trascender el misterio que se esconde

(23) Félix Grande: «Apuntes sobre poesía española de posguerra», Madrid: Cuadernos Taurus, 1970, p. 51. Frente al problema de la modernidad en Antonio Machado, acudo aquí, en nota, por proceder de una voz que no es española, al testimonio de Octavio Paz (aunque también la defiende Félix Grande en las páginas indicadas). Pero el de Paz nos parece especialmente oportuno por ser él uno de los abanderados (y a la vez uno de los críticos mayores) del concepto de modernidad en nuestro mundo hispánico, por haber expresado en alguna ocasión ciertas reservas al Machado «poeta», y por su enorme ascendente sobre los jóvenes, que son los que más cuestionan este punto. Pues bien, Paz también escribió una vez: «Machado ha intuido los temas esenciales de la poesía y la filosofía de nuestro tiempo. Nadie como él ha visto el conflicto del poeta moderno, desterrado de la sociedad y, al fin, desterrado de sí mismo, perdido en el laberinto de su propia conciencia» (cito por la colección de estudios sobre Machado consignada en la nota 20, p. 65). Por aquí se apunta hacia algo que parece olvidarse: que el vivir, padecer y expresar poéticamente una problemática moderna es ciertamente un fenómeno más hondo y complejo que el asumirlo a base de una apropiación a veces sólo exterior de fórmulas pulverizadoras y autofágicas del lenguaje. Puede servir de aviso a quienes erigen a Antonio Machado en un símbolo de anacronismo estético porque únicamente lo juzgan a partir de sus maneras expresivas. Y en todo caso, si se decide que en un momento dado aquél se pasó enteramente a la prosa, y que ella en él no es una forma de enfrentamiento a lo poético (lo cual es discutible, como se indicó), entonces su abstención lírica habría que interpretarla como el más heroico acto por el que un poeta asiente al silencio, el signo más implacable de la modernidad.

tras la limitación temporal del hombre. La generación primera de posguerra osciló hacia el opuesto polo extremo de la balanza: era la *otredad*, pero no en la intrínseca heterogeneidad esencial del ser que tanto empeño puso aquél por esclarecer, sino en la concreción histórico-colectiva de los *demás* (pueblo, país, humanidad), la preocupación machadiana que, en buena mayoría (no en su totalidad, como se ha visto), le reclamaba y servía de guía. La segunda promoción vino a restituir esa misma balanza en su justo fiel: asunción del yo y del *otro*, pero integrados ambos en el *nosotros*; es decir, en el definitivo y ya no parcializado mensaje de su entera verdad. Y ésta se fue haciendo progresivamente a sí misma en su sucesiva y complementaria palabra poética y, con mayor precisión, en el rigor de sus cogitaciones en prosa sobre la poesía. Volver a esa total verdad, sin fragmentaciones, es la mayor ratificación de la ejemplaridad y vigencia de su lección. Es afortunado que a ella hayamos llegado ya.

*

Y junto al reconocimiento registrado (menciones, glosas, incorporación de sus versos en el poema propio, preocupación crítica y de divulgación de su obra), ha marchado paralelamente algo más entrañable: el homenaje. Y el homenaje desde la poesía misma: indicio revelador de cuán sustancialmente han sentido esos poetas la palabra de Machado, pues le devuelven su admiración en palabra también poética. Creo que por decenas se pueden contar los textos en verso desde donde se le ha recordado con emoción y gratitud. Como colofón a estas notas, escojo tres de ellos. Y los he elegido por proceder respectivamente de las tres generaciones sobre las que su benéfica influencia se ha hecho sentir. Y por realizarse desde posiciones que entre sí se completan y nos devuelven la imagen que de don Antonio nos ha llegado, en sí misma y en su continuación hasta el presente. Leídos en sucesión nos entregan tres fases de esa imagen: el hombre ante sus preocupaciones trascendentes últimas, el perfil ya borroso pero aún presente de su persona misma y sobre su mismo paisaje, y, por fin, en la poesía y el espíritu de él nacidos.

El primero es de Juan Gil-Albert, miembro al fin justamente revalorado de la generación de 1936. Tiene una nota especial este homenaje que lo hace particularmente interesante. Pertenece a una sección así titulada, «Los homenajes» del libro *La trama inextricable* (1968) de Gil-Albert. En ellos no se propuso su autor rendir, *a priori*, un tributo a éste o aquél de entre los muchos escritores y artistas a quie-

nes admiraba o en deuda con ellos se sentía. Por el contrario, nos dice él mismo que cada poema le iba naciendo de un modo natural e inevitable al hilo de su personal motivación. Sólo al concluirlo se daba cuenta de que, a través de sus palabras, así espontáneamente surgidas, reconocía el eco del poeta mayor que allí también había hablado. Entonces, sólo entonces, venía la dedicatoria. El poema requería, pues, de su título propio, el que demandaba su asunto. Después, como epígrafe, se inscribiría el nombre del así intuitivamente homenajeado. Este de Juan Gil-Albert va en dirección del Machado Intimista, trascendente y misterioso, acuciado por la fugacidad de lo temporal y por el imperio de la nada: el primer Machado que aquí se ha contemplado. Este es el poema:

EL PRESENTIMIENTO

Homenaje a Antonio Machado

*A veces pienso: el mundo se ha acabado;
desciendo por la senda de la vida
y dejo atrás el orbe luminoso
que me encontré al llegar. Una fragancia
sígueme como un humo de recuerdos,
mientras el pie se mueve inexorable
hacia la oscura orilla silenciosa.
Allí me espera un barco solitario
con sus luces ocultas: nadie, nadie,
ni un sólo pasajero en los andenes,
ni una mano, un adiós, no, nada, nada.
Sólo una línea exígua de horizonte,
y opacidad, y yo, yo solo y triste,
lejos de todo aquello que en su día
creí ser mío.*

El segundo de estos poemas a Machado es de Blas de Otero, de la primera generación de posguerra. Varios poemas, como se dijo, tiene sobre aquél escritos Otero. Tomo el titulado *In memoriam*, reproducido en varios libros del autor, por la manera tan fiel cómo éste, al evocar al cantor de Castilla en su persona y en su contexto histórico, recrea esa manera tan suya de aliar paisaje exterior y vibración del espíritu, que es la nota íntima y más personal del Machado paisajista. He aquí el poema de Otero:

IN MEMORIAM

*Cortando por la plaza de la Audiencia, bajaba
al Duero. El día era de oro y brisa lenta. Todo
te recordaba, Antonio Machado. Andaba yo
igual que tú, de forma un poco vacilenta,
Alamos del amor. La tarde replegaba
sus alas. Una nube serena y soñolienta,
por el azul distante morosamente erraba.
Era la hora en que el día, más que fingir, inventa.
¿Dónde tus pasos graves, tu precisa palabra
de hombre bueno? En lo alto del ondulado alcor,
apuntaba la luna con el dedo. Hacia el oriente .
tierras, montes y mar que esperamos que abra
sus puertas.*

Y el tercero y último sea tal vez el más expresivo de los compuestos desde el mismo ámbito poético y espiritual de esos años en que floreció la lección machadiana. Fue mencionado ya, y lo firma José Angel Valente, de la segunda promoción de posguerra, quien ha tenido la honestidad de denunciar la elaboración de uno de esos apócrifos falsos de Machado que hubo de ser usado para menesteres de «pancarta y propaganda». Por eso puede invocarle ahora, desde el clima moral recio y ya limpio que sus mejores enseñanzas ayudaron a conformar. Aparece en el libro *La memoria y los signos* (1966); y nos trae y acerca Antonio Machado de la mejor manera que a éste le hubiera agradado: sin nombrarlo. Pero todos reconocemos, como en un casi involuntario *collage*, expresiones de las más características e imperecederas de Machado que han venido a apretarse por modo necesario en el texto. Hay además una pista explícita, y está en el epígrafe: aquella profesión de fe, elevada y permanente que hemos podido escuchar repetidamente en las páginas anteriores. Aquí se reproduce el poema de José Angel Valente:

SI SUPIERAS

... creo en la libertad y en la esperanza
Antonio Machado

*Si supieras cómo ha quedado
tu palabra profunda y grave
prolongándose, resonando...
Cómo se extiende contra la noche,
contra el vacío o la mentira,
su luz mayor sobre nosotros.*

*Como una espada la dejaste.
Quién pudiera empuñarla ahora
fulgurante como una espada
en los desiertos campos tuyos.*

*Si supieras cómo acudimos
a tu verdad, cómo a tu duda
nos acercamos para hallarnos,
para saber si entre los ecos
hay una voz y hablar con ella.*

*Hablar por ella, levantarla
en el ancho solar desnudo,
sobre su dura entraña viva,
como una torre de esperanza.
Como una torre llena de tiempo
queda tu verso.*

*Tú te has ido
por el camino irrevocable
que te iba haciendo tu mirada.*

*Dinos si en ella nos tuviste,
si en tu sueño nos reconoces,
si en el descenso de los ríos
que combaten por el mañana
nuestra verdad te continúa,
te somos fieles en la lucha.*

*

Una aclaración final. Todas estas notas, prolongadas pero aún harto incompletas, no han podido ser sino sólo una exploración casi estadística, con algún incidental comentario valorativo, de cómo se ha hecho sensible la presencia de Antonio Machado en la poesía de posguerra. Una conclusión se nos impone: no existe en la moderna literatura española otro caso de escritor que, muerto ya, haya despertado un eco tan unánime, justo y sostenido, no ya por parte de la crítica académica (reconocimiento extrínseco, en todo caso) sino por aquellos mismos creadores que agradecen noblemente su magisterio. Que en ello haya influido notablemente la grandeza espiritual de su talla humana, o la oportunidad histórica de ciertos avisos que emanan de su poesía crítica y de su actitud cívica, no empequeñece el hecho general. A la vista está, espero, que es el Machado integral, desde la estrecha armonía entre su poesía toda y su pensamiento (poético, existencial, filosófico y aun político) el que, en sus varia-

dos acordes, ha estado vigente. No se «mitifica» sino se constata, nada más, cuando se contribuye a hacer esto evidente. Y, sin embargo, de su longitud, todo lo dicho fue concebido inicialmente sólo como una introducción a lo que, en términos de valoración poética, importa más. El demostrar cómo su palabra y su posición (o sus posiciones) frente a la poesía ayudaron a encauzar los tonos y registros más relevantes en la lírica del período que hemos recorrido. Como del Machado intimista y abierto al misterio; del que desde su yo iba al encuentro del *otro*, de *lo otro* (paisaje, gentes, pueblo, patria en caducidad, tiempo histórico); del que se sumió al final en una reflexión de sesgo filosófico, pero no opuesto al de índole poética, sobre los temas más trascendentales del hombre (la condición temporal de la existencia humana y de la condición análoga de su expresión a través de la palabra poética, la soledad ontológica y a la vez la heterogeneidad fundamental del ser, la metafísica insondable y última de la nada); en suma, cómo nace, de cada uno de ellos, una respectiva corriente en la poesía de esos años que atraviesa todas las promociones en ella discernibles. Para concluir que, en resumen, entre esas tres corrientes (intimista, social y metafísica) cubren el panorama poético total que en su conjunto definen. Cuando ese estudio se realice (y confío, en la medida de mis fuerzas, emprenderlo prontamente) se verá con mayor claridad, como si fuese necesario todavía, que la influencia de Antonio Machado en la lírica de posguerra sí es la que se presume, y aun mayor.

JOSE OLIVIO JIMENEZ

Hunter College (City University of New York)
NEW YORK, N. Y. 10021
(USA)